

Presentación

En casi todas las mitologías de la antigüedad el Sol y la Luna han ocupado un lugar central, señalando con su presencia no sólo el origen, sino también el sostén de la vida. Los antiguos egipcios representaban al Sol, alternativamente, como un disco de fuego, un león o un navegante, y le dieron un nombre: Ra, fuente de calor y de luz. Thot, el dios lunar, era el protector de las artes y de la escritura, inventor del cálculo y del calendario, y habitaba en el corazón de Ra. En la mitología babilónica, estas dos divinidades, en las cuales se origina la vida, se reunían bajo una misma figura: Marduk, cuyas facultades se repartían entre sus funciones diurnas (el gobierno de la ciudad de los dioses) y sus funciones nocturnas (iluminar la noche y proteger el reino de los muertos). Para los griegos, Helios y Selene jugaban también un juego mutuo y compartido que los ligaba y los confundía incesantemente. Representaban al Sol como un carro tirado por cuatro caballos, que todas las tardes se hundía en las profundidades marinas abandonando a la Luna la bóveda celeste. Y cada año lo ofrendaban precisamente así: arrojando al mar un carro tirado por cuatro caballos. Desde entonces, la tradición popular ha perpetuado la imagen del Sol y la Luna como dos extraños amantes que no cesan un instante de perseguirse, anhelando quizá un encuentro imposible.

El día 11 de este mes seremos testigos de ese encuentro, de esas bodas efímeras que tan sólo durarán unos minutos. A ellas, en alguna medida, está dedicado este número.◇

Agradecemos al doctor Alfonso Serrano Pérez Grovas su colaboración para elaborar el presente número.